

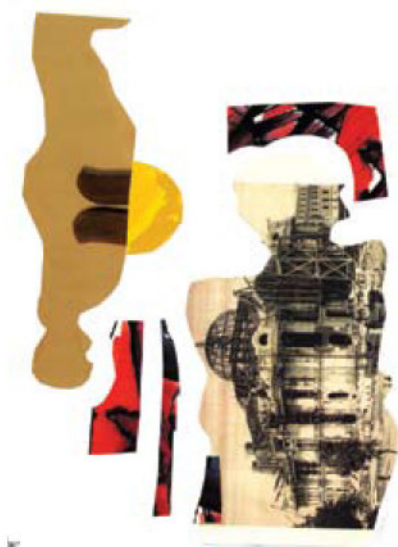


El chanate y otros microrrelatos

LUIS FELIPE RODRÍGUEZ

A pesar de que en el siglo XX ya había muestras, es en este siglo XXI donde el género literario de la minificción, microficción o microrrelato se hace presente con mayor amplitud; tanto en su lectura, como en el ejercicio escritural de este género brevísimo en extensión, pero contundente y no pocas veces humorístico. Cada día se lee y escribe más este tipo de literatura.

Los siguientes minitextos de Luis Felipe Rodríguez no son la excepción a estas características, además de que bien pudieron llamarse “El chanate y otros microrrelatos laguneros”, pues están situados en la región, particularmente el centro de Torreón y los habitan personajes de estas tierras, como esos que sobrevuelan durante todo el día todos los días la Alameda: los chanates. Así como lugares típicos de la localidad y actividades que denotan parte de la cultura e identidad propias de La Laguna Coahuilense. Manteniendo siempre ese efecto sorpresivo que caracteriza al microrrelato.



El chanate

Le gustaba pasear por la Alameda. Sabía perfectamente cuando empezaba el inicio de las hostilidades. Al caer la tarde la descarga masiva de excremento chanatero marcaba el fin del recorrido. Un buen día preparo su desquite, un par de petardos y la sombrilla de su madre lo acompañaban. De nada le sirvieron. Ese día, el jefe de los chanates había invitado a sus amigas las vacas voladoras.

El gota de uva

Terminaba sus francachelas invariablemente en “El gota de uva”. Los mariachis lo esperaban con ansia. Sabían que como él, era difícil encontrar otro cliente. Le decían “el Rey Midas” por sus atavíos, y por su costumbre de regalar centenarios a quien le caía bien. Ese día llevo de mal humor, repartió puro plomo a amigos y enemigos.

La peregrinación y el viejo de la danza

Aunque no le pagaran, él siempre quería participar en las peregrinaciones como el viejo de la danza. Sus amigos danzantes lo invitaban a pesar de no ser del agrado de todos. Sus bromas pesadas contra los peregrinos y asistentes les costó varias amonestaciones de los organizadores. Ese día no fue la excepción, sólo que esta vez se topo con un ateo irredento que le receto una dosis de acero sin fruncir un solo milímetro de su ceño.

Una semana santa

Se habían preparado con mucho ahínco. Los jóvenes actores querían que su representación fuera recordada por mucho tiempo. Llego el día esperado. El público se ubicó en torno a los actores. Se inicio el *Vía Crucis*. Fue tal el éxito de su actuación que los asistentes rescataron a Cristo y crucificaron a Poncio Pilatos y a varios militares romanos.

Las jarras

Había perdido la cuenta del número de jarras consumidas. La combinación del ruido ensordecedor del grupo norteño y de los gritos de los exaltados parroquianos lo emborrachaban más. Pidió la última jarra y la última canción. Ya no supo de sí. Una luz brillante lo des-



pertó un momento, solo para sumirlo en un sueño más profundo.

Aficionados de los ejidos

El viejo ejidatario les contaba muy animado a sus nietos cuando ganó el concurso “aficionados de los ejidos”. A pesar de la dura competencia, sabía que nadie podía interpretar mejor “Libro abierto” como él. Los nietos aburridos, por enésima vez volverían a escuchar el discurso del abuelo, y acompañarían su canto. Él en recompensa les regalaba unos chicles “Totito” endurecidos por el paso del tiempo.

Los guantes de oro

De los diez amigos que se anotaron sólo quedaron tres. Los otros siete se esfumaron. No se les volvió a ver hasta el día de la pelea, Eso si, llevaron a la mayoría del Tercero “J” de la Secundaria como porra a la función de box en el JFO. “*El Barrientos*”, “*el Pelón*” y “*el Borja*”, previo entrenamiento con “*el Chanclas*”, se disponían a poner en alto a la “*Secu*”. Tres rounds de terror bastaron para hacerlos volver apaciguados a la Coral de la Escuela.